

y elevásemos el espíritu, a la pura contemplación, nada sería monstruoso, ni el sol ni la araña, ni el pigmeo ni el gigante. «El ente es bueno en sí» como dijo Santo Tomás. Todo reviste hermosura y sentido profundo para quien sabe ser como el espejo del Vinci que «se trasmuta en tantos colores como se le ponen delante».

II

El caricaturista difiere del pintor en un solo aspecto no más; pero decisivo, fundamental. No solamente ve, sino que opina sobre lo que mira. No es imparcial; colabora con su propia intuición y dice *qué piensa* de lo que ha visto. De aquí que provoque, *ipso facto*, el deseo de reír.

Suponed una linda muchacha frente al lápiz de un caricaturista de talento. No será tan perfecto el modelo que cifre el ideal. Si así fuere, el artista insistirá, v. g., en las exiguas dimensiones de los ojos o en lo diminuto de la boca. La caricatura ponderará el defecto. Volverá insignificantes los ojillos, y la boca, si diminuta en el modelo, tornaráse un leve punto. Y aquel trasunto de Friné exhibirá con descaro sus gentiles imperfecciones en su expresión caricaturesca. El lápiz agudo y malévoló opinó ya que, a pesar de ser bellos, los labios son poquita cosa para concordar con la perfección del conjunto, y que los ojos resultan dos manchas irreales veladas increíblemente por las cejas y como perdidas bajo la desmesurada extensión de la frente. La caricatura insinúa con sarcronería: «Es bella, en efecto; pero acaso no le habrían sentado mal una boca menos pequeña y unos ojos en armonía con la frente». De aquí que ríamos al contemplar la obra de arte.

También en la literatura existen caricaturas de genio. Recordad, entre otros, al sutil ironista y humorista francés Jules Renard, uno de los más astutos auscultadores de la vida silenciosa de las cosas. Examinad este breve dialogo profundo:

«Las flores.—¿Hará sol hoy?».

«El girasol.—Sí, queriéndolo yo».

«La regadera.—Os pido perdón, queriéndolo yo, lloverá».

O este otro, estupendo de síntesis e intuición:

«La pared: no sé qué calofrío siento por la espalda».

«La lagartija: Soy yo».

A veces la caricatura literaria alcanza proporciones trágicas. Leed el episodio de Sansón en la Biblia. ¡Qué terriblemente ridículo es el amante ciego ante la pérfida Dalila! ¡Cuán hondo dolor; qué risa tan extraña brotan de nuestro corazón ante sus desventuras! La risa de la Escritura intimidada y ofus-

ca como la de Shakespeare o la de Cervantes; pero deja en el alma con la pena, un sentimiento sagrado, limpio de toda contaminación.

También la música suele reír. Es en los más grandes, en los mayores de todos los músicos, donde el noble arte del Amor y la Esperanza insondables se atreve a reír. No me refiero, por supuesto, a las operetas de Offembach; ni siquiera al genial humorismo de Schumann o Berlioz. Refiérome a la terrible *Marcha de los Reyes* del Parsifal (que evoca en mi recuerdo, irresistiblemente, los versículos de Sansón, merced a sus firmes notas cortadas y su *ley-motivo* imperioso que cojea, cojea como un monstruo valedudinario); o a la octava sinfonía de Beethoven, de la que dice Weingartner que reproduce en su imaginación el cuento de Hoffmann, en que, mientras se resuelve cierta amistosa charla de sobremesa entre amigos íntimos, a uno de los comensales crécele la nariz descomunal ante sus afectuosos contertulios hasta realizar casi el verso de Quevedo:

«Érase un hombre a una nariz pegado...»

¡Suaves o terribles opiniones del Arte sobre la vida y el mundo! Caricaturas musicales, poéticas o pictóricas! Nuestro siglo gusta, sobre todas las cosas, del arte caricaturesco, poderosamente expresivo y maldiciente. Difúndelo y complácese en sus claros efectos. Es, quizá, que somos más sociables que nunca. La risa, al decir de los filósofos implica y presupone la sociabilidad. Acaso también sea que como nunca gustamos de lo que suponemos implicar cierta fundamental incoherencia de las cosas. De todos modos, la esencia de la caricatura es siempre ésta: por un lado, intuición desinteresada de la vida; por otro, despiadada crítica de lo real. El Arte resulta, a mi ver, más humano con caricaturas que sin ellas. Sin ambages lo confesó así Rabelais, un insigne caricaturista de genio, al exclamar:

«Pour ce que rire est le propre de l'homme».

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)

El simbolismo de tus manos

POR qué adoro tus manos? Manos líricas que en el rezo son palmas votivas, y en la caricia, rito pagano.

Tibias, largas, finas como lirios con venas azules y marfil en las uñas rosadas. Cuando ellas se hunden entre mis cabellos huye la inquietud que me afebra y me acaricia un soplo de ternura y de paz.

Adoro tus manos expresivas y mimosas, porque tiemblan y vibran sobre el teclado de marfil. Porque a su conjuro nervioso, surge del silencio un paraíso encantado de armonías, donde mi espíritu se pierde acariciando ficciones y ensueños.

Déjame besarlas y que les rece mi oración pagana, porque ellas son el emblema de la nobleza y de la majestad del Hombre sobre todo lo creado.

Instrumento admirable de esa máquina portentosa que es el cerebro, por ellas el hombre ha conocido la grandeza y el poder, y ha afianzado su dominio y su señorío sobre la tierra.

* *

En las edades primitivas, son las manos las que hieren y vencen al monstruo salvaje y encadenan a las fieras de los bosques.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O, y calle 4ª S.

Ellas manejan el látigo, la honda y la flecha, con que el hombre aterroriza a las bestias salvajes y las somete a su dominio.

Con las manos el hombre labra sus primeras cavernas; construye las primeras piraguas para surcar los ríos y los mares; aprisiona al fuego con el roce de dos piedras; y aprende a laborar la tierra para cosechar sus frutos.

¡Benditas las manos! ¡oh pensadores, poetas y artistas! porque ellas vaciaron sobre la piedra y dejaron escrita para la humanidad, sobre los pergaminos milenarios, la herencia inmortal del pensamiento.

Al silencio, ellas le arrancaron el divino secreto de la armonía.

El Hombre no pudo adorar a Dios con todo el exaltado sentimiento de su corazón, sin las manos, que levantaron el templo de Salomón en Jerusalén; las catedrales cristianas de Jesús y las fantásticas mezquitas de Mahoma.

Las manos del Hombre forjaron los monstruos de acero que ruedan por los lomos de las montañas, trasladando pueblos, vinculando razas y sembrando ideas.

Es la mano quien conduce sabia y serena el timón de la nave frágil en la hostil inmensidad del Océano enfurecido.

Ellas trazaron los planos, inventaron las máquinas y combinaron un